

**Miguel de Cervantes Saavedra**  
**Primera parte de La Galatea. Alcalá, Por**  
**Juan Gracián; a costa de Blas de Robles**  
**mercader de libros, 1585. 8.º**  
 Biblioteca Nacional de Madrid, Cerv. 1255.

En la segunda mitad del siglo XVI, los impresores complutenses, como los de los restantes lugares de España, seguían imprimiendo únicamente ediciones para un mercado nacional y, a medida que avanza el tiempo, para un mercado prácticamente local. Puede afirmarse que la incapacidad general de los talleres de imprenta españoles para producir libros en grandes tiradas o para embarcarse en proyectos ambiciosos se explica por la carencia de materiales (de papel, en particular), la escasez de obreros calificados, la legislación restrictiva y la falta de capital.

En el caso de Alcalá hay que recordar además otro acontecimiento de interés. En Madrid se establece la Corte real, en 1561, y el despegue de la imprenta madrileña tiene lugar a partir de 1566. ¿Afectó de alguna forma la cercanía de la corte a los talleres complutenses? En un primer momento sin duda alguna de forma positiva, puesto que la competencia entre algunos libreros madrileños, como Alonso Gómez y Francisco López *el Viejo*, se concreta en encargos de impresión para un par de talleres de Alcalá. Se trataba de imprimir a toda prisa textos legales, un tipo de obras que curiosamente incrementa el número de títulos conocidos de los talleres de Valladolid durante la permanencia de la Corte en dicha ciudad. El hecho de que Madrid disponga pronto de un taller de imprenta restó sin duda alguna trabajo a los talleres complutenses, aunque la incidencia negativa no debe en modo alguno exagerarse.

Conviene señalar que sí se produjo, en cambio, alguna emigración de impresores y libreros complutenses hacia Madrid, siendo más numerosa la de estos últimos. Un librero complutense merece un recuerdo particular en esta segunda mitad del siglo XVI: Juan de Sarriá. La documentación conocida nos muestra su intensa actividad entre los años 1598 y 1609, importando libros de Lyon, adquiriendo papel en El Poular, vendiendo importantes cantidades de libros litúrgicos, sirviendo libros a mercaderes de Murcia, entre ellos a Juan Dolado, curiosamente, natural de Alcalá. Es bien conocido de los bibliófilos su trabajo del año 1592 como encuadernador de la biblioteca que para el quinto marqués de Moya, Francisco Pérez de Cabrera y Bobadilla, había seleccionado el librero de Medina del Campo Juan Boyer. Su hijo, también llamado Juan de Sarriá, con librería abierta en Lima, tiene



reconocido el honor, gracias a la documentación conservada en el Archivo Nacional del Perú, de ser el importador al virreinato, es decir por primera vez a América, de los primeros ejemplares del *Guzmán de Alfarache* y del *Quijote*.

Sólo una obra cervantina verá la luz en un taller complutense. Corría el año 1585 y acompañando a ediciones que reflejan perfectamente este segundo momento de la historia tipográfica complutense, veía la luz en el taller de Juan Gracián la *Primera Parte de la Galatea*. Esas ediciones aludidas eran el *Arte de Amar a Dios y al próximo* del Beato Alonso de Orozco, el *Cancionero General de la Doctrina Christiana* de Juan López de Úbeda, el *Devocionario o thesoro de devoción* de Marco Antonio Ramírez, el *Romancero hystoriado* de Lucas Rodríguez, la *Eneida ... traduzida en octava rima y verso castellano* con varios complementos, debida a la pluma de Gregorio Hernández de Velasco, la *Chrónica llamada el Triunfo de los nueve más preciados varones de la Fama*, la *hystoria de la Poncella de Francia* y la *Hystoria de la Reyna Sevilla* y, por último, una *Práctica nueva de la Grammatica* de Diego Fernández Franco y unas *Regula et Constitutiones* carmelitanas, piezas todas de gran rareza, incluso alguna de dichas ediciones sin ejemplar conocido. Frente a todo ese rarísimo conjunto, de un tratado teológico del obispo de Lugo Fernando Velloso, también con esa data, conocemos cerca de cuarenta ejemplares. Rica variedad sin duda que puede no apreciarse si se tiene en cuenta el peso constante del tratado teológico en los catálogos de las cuarenta bibliotecas y el hecho de que de las trece ediciones complutenses de 1585,

bibliográficamente controladas, sólo ocho fueron descritas o citadas por Juan Catalina García en su *Ensayo de una Tipografía Complutense*.

Curiosamente siempre se ha citado una de las emisiones de *La Galatea*. El término «emisión» se utiliza para designar el conjunto de ejemplares de una edición que incluyen una variante voluntaria, producida antes o después de la puesta en venta de la edición. La primera de las situaciones es la que ocurrió en este caso. En los repertorios más conocidos y autorizados se ha aludido siempre a una de las emisiones, la que presenta en la portada la leyenda: «A costa de Blas de Robles mercader de libros», a la que corresponde el ejemplar expuesto. De los seis ejemplares actualmente conocidos (habrá que separar el ejemplar de la Biblioteca Universitaria de Barcelona, múmero de portada), cuatro pertenecen a esta emisión, y las cuatro reproducciones facsimilares existentes de esta edición (de los años 1900, 1903, 1917 y 1967), todas utilizaron asimismo un ejemplar de la emisión recordada. Pero existe otra emisión, representada por el ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española, en cuya portada dicha leyenda brilla por su ausencia, forzando a admitir que Juan Gracián costeó la mitad o al menos una parte de la edición. No hay que olvidar que como «mercader de libros», además de impresor, se nos presenta en la portada de *La Austriada* de Juan Rufo, en su edición de 1586. Honor ex aequo, pues, para Blas de Robles y para Juan Gracián, como costeadores de *La Galatea* de 1585.

Quisiéramos saber dónde se encontraba el taller de Juan Gracián. Analizando *Cartas de reconocimiento de censo*, utilizadas en 1604, Julián Martín Abad ha documentado el usufructo por parte de María Ramírez, viuda de Juan Gracián, de dos casas «en la calle de Guadalaxara», señalando que quizás a espaldas del Colegio de San Eugenio, dentro de la «ysla» o manzana número 4, la comprendida entre las actuales calles de Libreros, del Tinte y de Nebrija (entonces calle del Horno Quemado), vería la luz la «piniceps» de *La Galatea*.

El ejemplar expuesto está encuadrado en pasta, con lomo que incluye nervios y hierros dorados, e incorpora el sello de la biblioteca particular de Pascual de Gayangos, habiendo ingresado en la Biblioteca Nacional, formando parte de aquella biblioteca, en 1899.

Julián Martín Abad